

## FRANCES ERKSINE INGLIS (MARQUESA DE CALDERON DE LA BARCA)

Natural de Edimburgo, Escocia, en donde nació en 1806, habiendo fallecido en el Palacio Real de Madrid en 1882, como compañera de la Infanta Isabel.

Fue esposa de Don Angel Calderón de la Barca, primer Ministro Plenipotenciario de España en México, y vivió en México de diciembre de 1839 a enero de 1842, tiempo durante el cual viajó por el país, se impregnó de las costumbres y espíritu de los mexicanos, lo cual tradujo en cincuenta y cuatro cartas escritas a su familia y publicadas bajo el título de *Life in Mexico during a Residence of Two Years in That Country*, 2 v. Boston, 1843, precedidas de un prefacio del historiador Prescott, con quien cultivó amistad. De su estancia en Madrid procede otro libro de preciosas impresiones: *The Attache in Madrid; or Sketches of the Court of Isabella II*. New York, 1856.

Su obra conocida por *La vida en México*, es una de las descripciones más interesantes de la sociedad y su manera de ser en la primera mitad del siglo XIX mexicano. Penetró con inteligencia y sensibilidad en nuestras costumbres y no deformó sus visiones con arraigados prejuicios como otros extranjeros lo hicieron.

Severo estudio del libro, editado numerosas veces, y de la autora es el que nos proporciona Felipe Teixidor en una edición en 2 volúmenes, devenida crítica, México, Editorial Porrúa, S. A., 1959, (Biblioteca Porrúa).

Fuente: Frances Erskine Inglis, Marquesa de Calderón de la Barca, *La vida en México, durante una residencia de dos años en ese país*. Traducción y prólogo de Felipe Teixidor. México, Editorial Porrúa, 1959, LXXV-601 p. ils., p. 313-319, 601 p. ils.

### UNA NAVIDAD EN MEXICO

¡Navidad! Esta noche hace un año que llegamos a México. ¡Y con qué diferente aspecto vemos ahora todas las cosas después de un año! Hoy nos rodean paisajes y acentos familiares, y sobre todo, caras amigas. Pero aun cuando haya podido desaparecer la novedad con todos sus encantos y sus *desagrégements*, nada existe en México que parezca vulgar. Todo alcanza proporciones y todo tiene un aire pintoresco. Y son tantos los motivos de curiosidad que despiertan estas antiguas casonas,

hay tanto que ver, a pesar de que no existen lo que podríamos llamar sitios espectaculares, a menos que incluyamos entre estos a Minería, el Museo, la Catedral, la Universidad y el Jardín Botánico que suelen visitar los viajeros, que cualquiera que sea el tiempo en que tengamos que partir, estoy convencida de que tendremos el sentimiento de hacerlo sin conocer aún muchos lugares dignos de interés.

Hace algunos días circularon unas esquelas de color, impresas con letras doradas, invitando a todas las amistades del *Senador* a la misa en estos términos:

“José Basilio Guerra suplica a usted le honre con su asistencia y la de su familia, a la solemne función de las Kalendas y la Misa, que anualmente celebra en humilde recordación del Nacimiento del Salvador, cuya festividad tendrá verificativo a las nueve de la mañana del 24 de este mes en la Parroquia del Sagrario de esta Santa Catedral.

México, diciembre de 1940.”

En punto de las nueve todos estábamos reunidos en el coro: Don Basilio, de uniforme azul oscuro y oro, nosotras puestas de mantillas. La iglesia se veía resplandeciente, y como es costumbre en estas ocasiones, no se permitió la entrada a los *léperos*, con lo que la concurrencia era muy elegante y selecta.

Todo salió a maravilla. Cuatro o cinco de las jóvenes, y varias de las señoras casadas, tienen voces soberbias; y de las que cantaron en el coro ninguna es mala. La más hermosa que casi haya yo oído nunca es la de la Señorita Cosío. Si ella puede estudiar en Italia, me aventuro a predecir que ha de rivalizar con la Grisi. Tal profundidad, tanto volumen, extensión y dulzura, con tanta riqueza de tono en las notas altas, rara vez se dan juntos. Cantó un solo con tales matices, que creí que el público que se encontraba en la nave de la iglesia no resistiría la tentación de aplaudir. Otras hay, cuyas voces son mucho más cultivadas y que poseen infinitamente más escuela; pero al hablar de la señorita Cosío me estoy refiriendo a sus facultades naturales. La orquesta estuvo, en verdad, a la altura de las circunstancias, y el músico que la dirigió, de primerísima categoría. Me complació que terminara mi parte, y poder prestar toda mi atención a los demás. La ceremonia duró cuatro horas, pero el predicador se alargó mucho. Recibiréis muy pronto un pormenor de toda la festividad, que ha de publicarse en el Anuario Mexicano, intitulado *La Guía de las Damas*.

Al anochecer fuimos a casa de la Marquesa de Vivanco, para pasar en ella la Nochebuena. Esta noche todos los parientes y amigos íntimos de cada familia se reúnen en la casa del "jefe del clan", una verdadera asamblea, y en el particular de esta casa, constituida por cincuenta o sesenta personas.

Esta es la última noche de las llamadas Posadas; una curiosa mezcla de devoción y esparcimiento, pero un cuadro muy tierno. He aquí su significado: En aquel tiempo, en el cual César Augusto promulgó el edicto ordenando "que todo el mundo debía tributar", la Virgen y José salieron de Galilea para Judea, a fin de empadronarse, y encontraron Belén lleno de gente, que con igual motivo había acudido de todas partes del mundo, y durante nueve días anduvieron por la ciudad sin conseguir que les dieran alojamiento en alguna casa o mesón, y en el noveno día buscaron abrigo en un pesebre, en el cual nació el Salvador. Esta peregrinación de la Sagrada Familia se representa por ocho días, y parece más bien que se hace a la intención de los niños que con fines de más seriedad. Llegamos a la casa de la Marquesa a las ocho, y cerca de las nueve empezó la ceremonia. A cada una de las señoras le fue puesta en la mano una velita encendida, y se organizó una procesión, que recorrió los corredores de la casa cuyas paredes estaban adornadas con siemprevivas y farolitos, y todos los concurrentes cantaban las Letanías. Kate hacía pareja con la Marquesa viuda. Un ejército de niños, vestidos como ángeles, se unió a la procesión. Sus vestidos eran de lama, en oro o plata, penachos de plumas blancas, profusión de diamantes finos y perlas en *bandeaux*, broches y collares, alas blancas de gasa y zapatos de raso blanco bordados en oro.

La procesión se detuvo por último delante de una puerta, y una lluvia de fuego de bengala cayó sobre nuestras cabezas, para figurar, me imagino, el descendimiento de los ángeles, pues aparecieron unas jóvenes vestidas de pastores como los que guardaban en la noche sus rebaños en las planicies de Belén. Unas voces, que se suponían de María y José, entonaron un cántico pidiendo posada, porque, decían, la noche era fría y oscura, el viento zumbaba con fuerza, y pedían albergue por esa noche. Cantaron los de adentro, negándoles la posada. Otra vez imploraron los de afuera, y al fin hicieron saber que aquella que se encontraba en la puerta, errante en la noche, sin tener en donde reposar la cabeza, era la Reina de los Cielos. Al oír este nombre, las puertas se abrieron de par en par, y la Sagrada Familia entró cantando. En el interior se contem-

plaba una bellísima escena; un *Nacimiento*. En unas tarimas alrededor del aposento, cubiertas de heno, se habían dispuesto figuras de cera formando escenas que representan, generalmente, pasajes de diversas partes del Nuevo Testamento, aun cuando algunas veces empiezan con Adán y Eva en el Paraíso. Allí estaban la Anunciación; la Visitación de María e Isabel; los Reyes Magos; los Pastores y la Huida a Egipto. Se observan árboles verdes y de los que dan fruta, unos surtidores arrojando hilos de plata; rebaños de ovejas, y una cunita para que en ella descanse el Niño Jesús. Un chiquillo vestido de ángel sostenía en sus brazos a un *niño* de cera. Todo el Nacimiento, adornado con flores y guirnaldas, refulgía de luz. Un padre tomó al *niño* de los brazos del ángel y lo puso en la cuna, con lo que se dio fin a la Posada.

Regresamos a la sala, ángeles, pastores y demás invitados, y hubo baile hasta la hora de cenar. La cena fue un alarde de dulces y pasteles.

Hoy, con excepción de que en todas las iglesias hay oficios, no se nota que se celebre la Navidad de una manera especial. Hemos pasado la tarde solas y muy tranquilas. Recibí cartas de Calderón, desde Cuernavaca; está encantado con la belleza de la *tierra caliente*, viviendo entre rosas y naranjos. Espero que en enero estaremos en disposición de ir, siempre que algo ocurra que nos obligue a salir de México antes del próximo invierno.

Diciembre 27. Tuvimos una gran concurrencia en la reunión de anoche, y pienso que fue la mejor de todas. Menciono el hecho, pues ha triunfado mi opinión de que estas reuniones semanales tendrían éxito en México, lo cual ha resultado cierto.

En estos últimos días he estado ocupada buscando cocinero con más pertinacia que el mismo Jafet cuando buscaba a su padre, y con tan poca suerte como la que él tuvo en sus primeras pesquisas. Del primero, un francés, pude averiguar que había sido procesado por asesinato; otro, acababa de perder la razón; el tercero, que se anunció él mismo como uno de los más grandes *artiste* que condescendió en hacerle una visita a México, pedía unos emolumentos en proporción a sus habilidades. Probé con un cocinero mexicano hembra, a pesar del pelo suelto. Parecía una mujer decente y una cocinera aceptable; en consecuencia, y no obstante que nuestra francesa, el ama de llaves y primer ministro, ha desertado cuando más la necesitábamos, corrimos el riesgo de salir de casa y pasar el

día en Tacubaya. Al regreso, nos encontramos a toda la servidumbre incapaz de sostenerse en pie. La cocinera, borracha; los soldados *ídem*; la galopina, ligeramente achispada. En suma, la casa cuidándose ella misma, y la única "fuerza en posición de firmes": el cochero y el lacayo, que han estado con nosotros por algún tiempo y que parecen ser excelentes criados. Me han prometido, sin embargo, una buena ama de llaves mexicana, y confío que bajo su gobierno se restaure, hasta cierto punto, el orden; me prometen también un cocinero chino que, según dicen, tiene un carácter "celestial"...

Cartas de España anuncian la pronta llegada de un Secretario de Legación y de otro attaché.

1 de enero de 1841. ¡Feliz Año Nuevo para todos! Comenzamos el año oyendo misa temprano en San Francisco, la iglesia quizá más limpia de México, y la más frecuentada por las mejores clases de la sociedad. Podréis tener allí la buena suerte de sentaros entre dos señoras bien vestidas, pero también es muy probable de que vuestro vecino sea un pordioscro envuelto en su frazada; además, el piso está casi tan sucio como el de la Catedral. Esta suciedad es, sin duda alguna, uno de los impedimentos más grandes para la felicidad de las gentes en este bello país; suciedad que degrada los nobles monumentos dedicados al culto divino, y que destruye la belleza de las obras hechas para beneficio de sus criaturas. Las calles, Las iglesias, los teatros, el mercado, la gente, todo está contaminado por esta plaga. El mercado, es cierto, se ve lleno de flores, de ramas verdes y guirnaldas, pero quienes venden y tejen las guirnaldas están tan sucios, que echan a perder todo el efecto de lo que podría ser un cuadro bellísimo. En el teatro, una abundancia de olores sofocantes, especialmente en los mal alumbrados pasillos, no tiene nada de agradable. La costumbre de arrodillarse en el piso de las iglesias parece adecuada y edificante; pero seguramente no hay razón para no conservar con escrupulosa limpieza el suelo de un lugar sagrado, ni se justifica que no se obligue a las gentes pobres a vestirse con elemental decencia. Los que no pueden hacerlo, aunque es probable no existan más allá de una media docena de gentes que anden en andrajos por verdadera necesidad, sino por indolencia, podrían tener un lugar destinado para ellos, en cuyo caso esta escuálida pobreza desaparecería sin duda. En ocasión de alguna fiesta señalada, asean la iglesia y no dejan entrar a los mendigos, y entonces en ver-

dad estas nobles construcciones parecen templos dignos de que en ellos se adore al Altísimo.

Otros días, además de los léperos (que pululan en la Catedral), ocurre que las indias tienen la costumbre de llevar a la iglesia a sus criaturas y sus canastas con hortaliza, y los chiquillos por su lado tienen el hábito de lloriquear, como lo hacen todos, cuando consideran que no les hacen caso. Pero esto no es tan fácil remediarlo, ya que las pobres mujeres se ven obligadas a traer consigo a su prole; mas este hombre fuerte, corpulento y haraposo, que prefiere pedir limosna a trabajar; esta mujer pordiosera, que medio encubre sus desnudeces y que se tendría por deshonrada si se diera en hacer algo para mejorar su condición; estos perros que vagan por la iglesia durante los oficios divinos; a todos ellos deberían someterlos al orden introduciendo las providencias que fueran más pertinentes.

A pesar de estos manchones, me he puesto a comparar muchas veces en la imaginación el aspecto de una de esas capillas de Londres que están de moda, con el de una iglesia mexicana en un día de alguna festividad solemne, y la comparación es, sin duda, en favor de la última. Aquella, luminosa, ventilada y alegre, con sus bancas forradas de terciopelo; el predicador, el más en boga, y las señoras un tanto soñolientas después de una noche de Opera, pero vestidas con el más elegante traje de mañana, mirando con disimulo el sombrero y las plumas de Lady... , o el chal de Cachemira, o el hermoso abrigo de armiño de Mrs...; hablando en la puerta del templo de naderías de buen tono, mientras los lacayos les esperan al pie del estribo de sus reverberantes carruajes; la otra, solemne, imponente y oscura, y donde no se aprecian las diferencias sociales. La nave está llena de mujeres arrodilladas, algunas envueltas en sus *rebozos*, otras de mantilla, y todas con la misma devoción, al menos en apariencia. No se ven vestidos llamativos, ni sombreros de fantasía, ni capas elegantes que puedan causar envidia o admiración a los ojos del pobre. Considerándose, aparentemente, iguales en presencia de Dios, la campesina y la marquesa se arrodillan juntas, sin diferencia casi en el vestir; las dos entregadas a sus devociones, sin fijarse cómo van vestidos los demás, ni cuál es el grado de su fervor. Los sentimientos religiosos podrán ser igualmente poderosos entre los fieles de ambos cultos; pero mientras nuestros sentidos puedan ser afectados por las cosas externas, las probabilidades de una mayor concentración están en favor de los

últimos. La vista gusta de posarse aquí y allí, y el pensamiento ha de seguirla a donde ella vaya. En el primero de los casos se posa en las formas elegantes de la moda; en el segundo, nada más se ve una masa obscura arrodillada, o la representación de los pasajes de los Santos Evangelios.

Sin embargo, debido a esta suciedad que infesta a las iglesias mexicanas, y de la multitud de *léperos* que bulle en ellas, tanto por mendigar como por devoción, muchas de las principales familias de aquí y que tienen oratorios particulares solicitan los servicios de un *padre* y oyen misa en la casa. En la pequeña capilla de la casa del General Barrera, una de las mansiones más hermosas de México, hay una Virgen, tallada en madera, que es uno de los ejemplos de escultura más exquisitos y dignos de admirarse. Su rostro es más que angélico: es divino; pero una naturaleza divina sufriendo de una angustia mortal.

Enero 27. Esperamos que el primero de febrero estaremos listos para emprender una expedición a *tierra caliente*, de donde ha regresado Calderón hace poco. Tenemos, por suerte, una excelente ama de llaves mexicana, y bajo su mando las cosas han tomado un cariz muy diferente, y a la cual le podemos confiar el cuidado de la casa cuando salimos. Nada de particular ha ocurrido en estos últimos días, sólo la acostumbrada rutina de montar a caballo; las visitas en coche y algunos paseos por la *Alameda*, cabalgar por el *paseo*, y nuestras comidas en Tacubaya; las tres *soirées* de cada semana, alternadas con alguna cena diplomática en casa del Ministro... y ayer, la reunión en casa del Club inglés, con una venta de libros después de la cena, y en la cual el presidente del Club me impuso una multa por no haber devuelto a tiempo un viejo y estúpido poema, lo que me excitó a presentar en el acto una moción para que me fuese obsequiado el tal poema, y así se aprobó *nemine contradicente*.

Nos aconsejan que de ninguna manera emprendamos la proyectada expedición, y las historias de ladrones y asaltos, narrados por personas dignas de crédito, no son para entusiasmar a nadie. Ladrones, caminos pésimos, calor insoportable, animales ponzoñosos... son muchas las calamidades que nos han anunciado. La estación está, es cierto, un tanto avanzada, mas no ha sido posible anticipar el viaje. Las próximas cartas las escribiremos en el curso de la jornada, si hay lugar para ello, o bien a nuestro regreso.